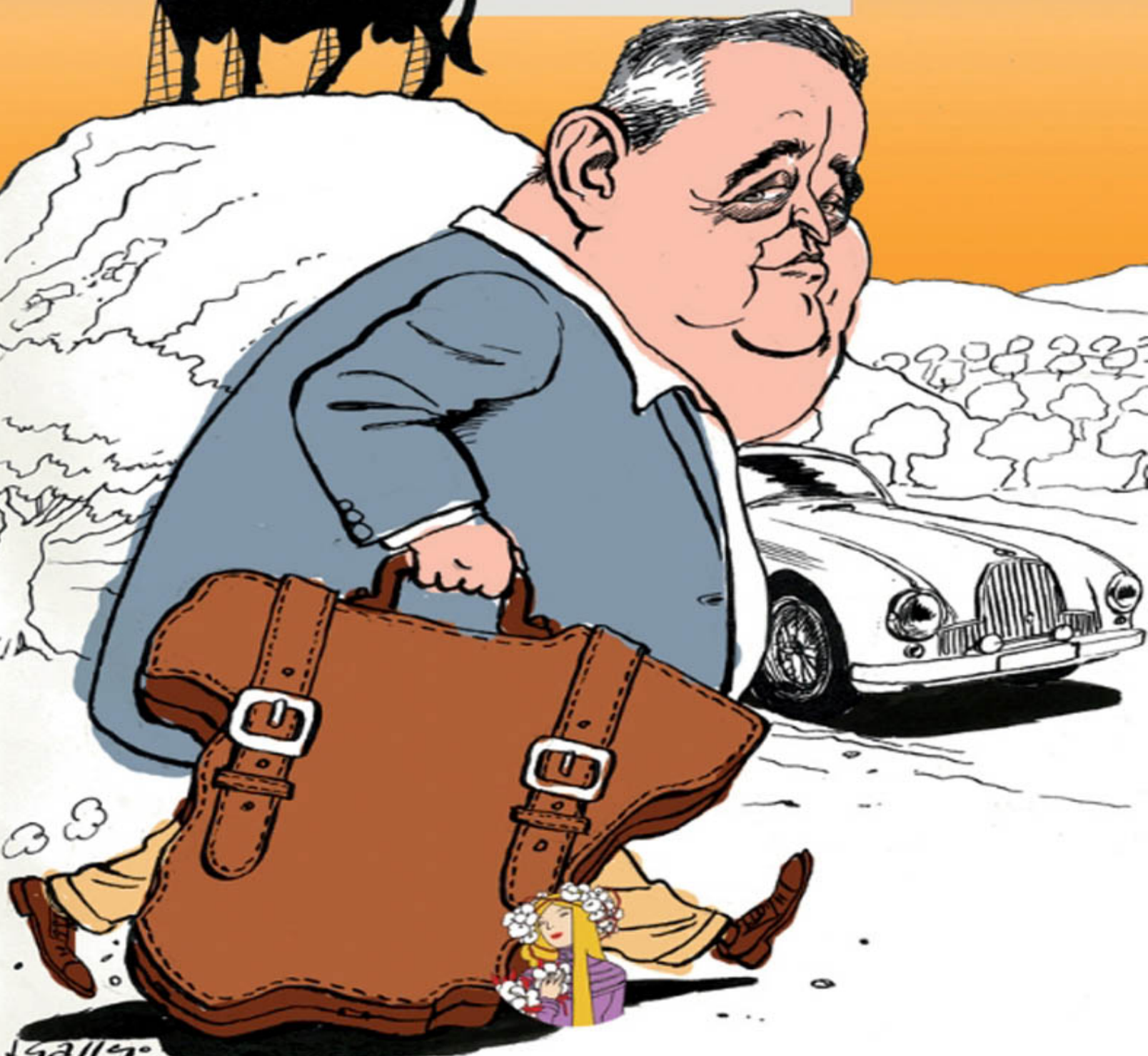
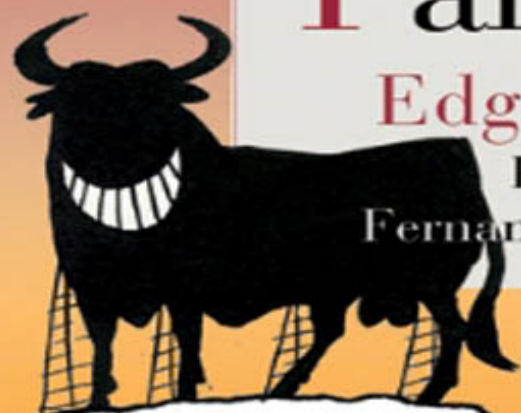


Mi España Particular

Edgar Neville

Prólogo de
Fernando R. Lafuente

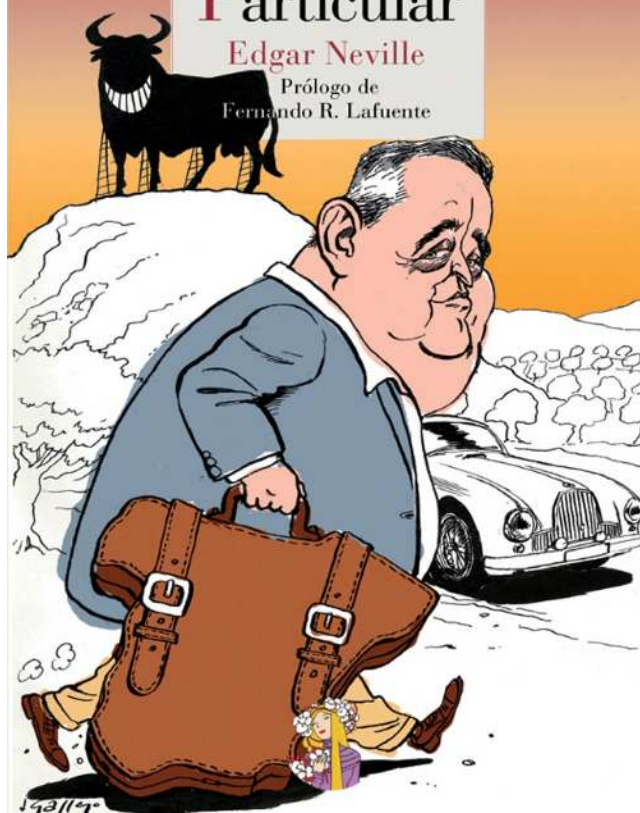


1921/90

Mi España Particular

Edgar Neville

Prólogo de
Fernando R. Lafuente



Mi España particular

Guía arbitraria de los caminos
turísticos y gastronómicos de España



[Primera edición publicada por la editorial madrileña Taurus en 1957]

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

© Herederos de Edgar Neville, 2011

Cubierta de © José María Gallego, 2011

Mapas de © Toño Benavides, 2011

ISBN: 978-84-939212-1-7

Diseño: Jesús Egidio

Edición y Maquetación: Chema Izquierdo

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Los eBooks no son transferibles. No pueden ser vendidos, compartidos o regalados ya que esto constituye una violación a los derechos de esta obra. El escaneo, carga y distribución de este libro vía Internet o vía cualquier otro medio sin el permiso del editor es ilegal y castigado conforme a la ley. Por favor compre solamente ediciones electrónicas autorizadas y no participe o fomente la piratería electrónica de materiales protegidos con derechos de autor.

LIBRO SIN LIBRO, 2011

www.librosinlibro.es

Mi España particular

Guía arbitraria de los caminos
turísticos y gastronómicos de España

Edgar Neville

Prólogo de Fernando R. Lafuente



Un lujo de otro tiempo

por Fernando R. Lafuente

ESCRITOR, AUTOR TEATRAL, director de cine, guionista, gastrónomo, *bon vivant*, Edgar Neville (1899-1967), conde de Berlanga del Duero, amigo de Charles Chaplin, Douglas Fairbank jr., Salvador Dalí, Manuel Altolaguirre, Emilio Prados, José María Hinojosa, miembro de lo que denominó el dramaturgo José López Rubio, *la otra Generación del 27* (la de los humoristas, la de Mihura, Jardiel, Tono, Herreros, Antonio Robles), en su discurso de ingreso en la Real Academia Española en 1983, colaborador de la *Revista de Occidente* de Ortega y Gasset, quien tenía por Neville un aprecio sincero, desde sus primeros números en la década de los años veinte del siglo pasado, es un lujo de la cultura en español que aún espera el lugar que le corresponde en la nómina excepcional de autores de su rango y categoría.

Neville fue un español fuera de su tiempo. Y lo pagó. Dirigió en 1945 dos películas tan distantes como distintas que hoy forman parte del elenco con mayúsculas de lo mejor de la cinematografía española: *Nada* (adaptación de la novela homónima de Carmen Laforet) y, de manera especial, su gran éxito *La vida en hilo*. Un prodigio de

talento, de ironía y de crítica a la pacata sociedad de aquellos tristes años. Una exaltación de la buena vida, de los contrastes entre la pasión amorosa y las normas sociales, una divertidísima comedia en la que no deja títere con cabeza al mostrar la estrechez de miras de una burguesía madrileña, la que se movía en el perímetro que va de la calle Juan Bravo a la de Serrano en el elegante (es un decir) barrio madrileño de Salamanca. Una versión del mejor Lubitsch en los márgenes que el franquismo se podía permitir (que era bien poco).

Neville fue siempre un heterodoxo, un cachondo, un distinguido marginal que jugaba con los protocolos sociales a su antojo. Se lo podía permitir, y cuando no podía permitírselo fuera censura, fuera otra martingala, daba igual, siempre encontraba un resquicio para arremeter contra el convencionalismo y la falta de libertad. No era un militante de nada que no fuera el buen vivir, la alegría de vivir. Todas sus grandes películas tratan de eso. De la vida como azar, como ventura y como placer. Era un dandi, en el sentido que Oscar Wilde le dio al término. La diferencia, escribía Wilde, entre un dandi y un *snob* es que el *snob* mataría para que le invitaran a una fiesta y el dandi mataría para que le echaran de esa fiesta.

La pasión por la vida, en todos sus extremos más libertarios (escribir, amar, viajar, beber, comer), la trasladó a sus obras literarias y cinematográficas bajo el poderoso influjo de quien fue la estela de su generación: Ramón Gómez de la Serna (1888-1963), a quien le dedicó una temprana autobiografía: *Carta a Ramón Gómez de la Serna* (1922). De Ramón había aprendido que “en la vida hay que ser un poco tonto, porque si no lo son sólo los demás y no te dejan nada”. La suya era una visión de la existencia como un juego fatal, sin retorno, de la literatura como un enigma

divertido en el que la ficción y el humor componen lo verdaderamente esencial, Neville supo trasladarla a sus obras con una bonhomía emocionada. De su aventura en Hollywood, junto a Buñuel, López Rubio, Jardiel, Luis Peña, Rosita Díez-Gimeno, aprendió el cosmopolitismo que caracterizaría el conjunto de su obra; un cosmopolitismo intelectual que le permitía teñir sus películas de una curiosísima mezcla entre lo mejor del expresionismo alemán del período de entreguerras y el sainete madrileño; así, otra de sus obras maestras y del cine español como es *La torre de los siete jorobaditos* (1944).

El anecdotario de Neville es diverso, extemporáneo y, probablemente, apócrifo. Pero la fuerza de su ingenio, la cuidada mala leche de las distinguidas diatribas hacia su propia clase, el talento de sus originales tramas marcaron la leyenda de un autor excepcional. Su constante, conciso e inteligente acoso a los cursis no sólo constituye un maravilloso mosaico de la denuncia de la estupidez social, sino un alegato en contra de los convencionalismos más atorrantes.

Mi España particular es el reflejo del mejor Neville. En sus más de 190 páginas elabora un magistral tratado del viaje no sólo como modelo de vida contemporánea, sino como ética del saber vivir. Y como a la altura de 1957, año en que se publicó en Taurus la primera edición, ya le importaba todo un comino, o menos, se explaya en escribir como le viene en gana, en contra de todo lo que hoy cabría entender, ay, políticamente correcto. Comienza por advertir que esta guía es sólo para aquellos que dispongan del dinero suficiente para poder pagar los hoteles y restaurantes recomendados, los demás, nos dice, que se abstengan, o esperen a tener el dinero suficiente. No se anda con tiquismiquis. La guía, su *España particular*, es un

magistral compendio de monumentos, palacios, museos y templos, pero con un ingrediente absolutamente moderno que hoy está instalado en cualquiera —con dinero o sin él— al realizar un viaje cultural, o como se llame, si no incluye el aspecto gastronómico es un viaje a medias, un viaje rencoso, un viaje sin placer, un viaje fracasado.

De las mejores páginas que el lector encontrará en esta guía que se adelanta a su tiempo, están las premoniciones de lo que vendría después: España es una tierra de excelentes vinos, lo que ocurre, nos dirá, es que los vinateros españoles no saben, o no quieren, o no pueden, o no les da el magín, para elaborar como hacen otros, por ejemplo nuestros vecinos franceses, el vino a una altura, o a la altura de su excelencia, y después saber venderlo internacionalmente como se merece. Hoy, las palabras de Neville están a la orden del día.

El sueño de Neville en la década de los años cincuenta del siglo XX se ha cumplido. Pero la clave es la constancia de quien lo afirma entonces, en contra de la opinión, otra vez, de los cursis que negaban ese valor para concedérselo a otros. Neville, sí, fue un español fuera de su tiempo, alguien, un feliz visionario, que veía signos, destellos y estelas donde el común de sus compatriotas apenas veía el cielo, por un agujero tan estrecho que ni la luz entraba.

Neville descubre, y descubre al lector, al tiempo que se cachondea de ella, la beatería, tan cursi, tan atolondradamente tradicionalista del norte español en sus playas, frente a la liberalidad del sur. Cuenta, con un gracejo elegante, sin subrayar, como al tuntún, sin afilar el lápiz de la ironía, cómo las playas del Norte son una oscura procesión de formalidades, cómo apenas se bañan, y cómo esos bañadores son antes que eso trajes de buzo sin escafandra por el pudor, la ñoñería y las falsas

convenciones: “San Sebastián es hoy en día una playa para ‘familias’ y, por tanto, ‘las familias’ están muy bien allí, mientras que los demás preferimos el Mediterráneo, en donde tenemos el sol asegurado durante las tres o cuatro semanas que disfrutamos de vacaciones, el agua caliente y poco oleaje, y donde nos podemos lanzar al mar con el mínimo de indumentaria”; insiste en todas sus exquisitas — y caras, en lo que podía ser caro en aquella depauperada España— recomendaciones de los hoteles “limpios”, a imaginarse cómo serían los otros; desparrama todo su viajar en el descubrimiento —como buen descendiente de inglés— de la grandeza señorial de Andalucía, del flamenco —su última película es un documental excepcional sobre el cante, *Duende y misterio del flamenco* (1957) filmado el mismo año de este libro—. El capítulo dedicado a la distinción de los diversos géneros del cante es una de esas maravillas que Neville destila a cada rato.

Recuerda, y advierte, que la paella sólo se puede comer en Valencia, en el litoral mediterráneo, porque el agua es tan mala que le da el sabor preciso y conciso, sabor que se pierde si se cocina y elabora con un agua tan limpia como la de Madrid. Su paseo por la capital, su ciudad, la que dejó inmortalizada en películas como *Domingo de Carnaval*, *El crimen de la calle Bordadores*, *Mi calle* o *El último caballo*, es un prodigio de sensibilidad, de aunar, pocos son capaces de hacerlo, la Cava Baja y el Palacio Real, el Museo del Prado y el Rastro, lo culto y lo popular en las mismas líneas, con el mismo fervor hacia uno y hacia otro.

La descripción de la catedral de Toledo, sus comentarios sobre las pinturas del Greco, sobre las luces de Velázquez, la biblioteca de El Escorial o parajes como el de la localidad segoviana de La Granja, con cierta retranca respecto al progreso: “La Granja es un oasis en Castilla, que nos acoge

en verano con un delicioso frescor y con su señorial elegancia, porque La Granja es, ante todo, elegante, y ha sabido, a pesar de su eco fundacional extranjero, lograr un tono y una plácida serenidad española muy siglo XIX, que la ausencia del ferrocarril le ha permitido conservar. La Granja es una litografía isabelina y el tiempo no pasa por ella”, advierten de un autor que, so capa del humor o de la exégesis y la broma, muestra un sentido y sensibilidad tan sofisticado como cercano.

Es un turismo a la moderna, un turismo de lujo, pero al entender el lujo como lo recordara Coco Chanel: “El lujo no es lo contrario de la pobreza, es lo contrario de la vulgaridad”. Nada es vulgar en cada frase de Neville. Y en una nación que tiende al vulgarismo como la primavera al verano, no se lo perdonaron, ni los (h)unos ni los (h)otros. Escribe una guía arbitraria, y esa “es su condición principal”. Le recomienda al turista —se deja de esa otra cursilería reciente de distinguir entre turista y viajero— que se compre otras guías más serias, por que “ni me ocupo de todos los pueblos de España, ni voy a dar con exactitud las fechas de los monumentos, porque no me importan nada. Me pienso equivocar, aunque poco, en las distancias por carretera alguna vez que otra, y en cuanto a los hoteles y restaurantes de las ciudades hablo de aquellos en los que he vivido y en los que he comido (...) procuraré silenciar los hoteles donde se aloja uno mal o donde el servicio no es bueno, los restaurantes donde no cuidan al cliente o donde el maître está escribiendo sus memorias en vez de atender al que espera que le traigan agua o el vino (...) mi lector puede tener la seguridad de que cuando yo le recomiende un hotel o un sitio donde comer, puede ir con los ojos cerrados, seguro de obtener satisfacción”.

Sin duda, la arbitrariedad aquí se convierte en virtud. Es una apuesta basada en el conocimiento previo. Se ha hospedado, ha comido, ha cenado en cada rincón que recomienda, pide un lector tan arbitrario como él, “un turista sin dinero es un desgraciado”. Neville posee, y cultiva, la ironía cervantina, el desparpajo quevedesco, la compasión lazarillesca, las sombras de Gutiérrez Solana y el humor deportivo, muy siglo XX, de Ramón. “Mis clientes son los otros”. Como su España era otra, una que si existía constituía una minoría selecta, orteguiana, culta y desprejuiciada, de ahí que el libro esté escrito para extranjeros, él mismo, Neville, era un peregrino en su patria, un extranjero de sí mismo. Define cada cocina, por ejemplo, la vasca, con adjetivos como “marítima” que después desgrana con la precisión de un entomólogo; elabora un temprana lista de quesos españoles que pareciera, hoy leída, una anticipación de las recientes campañas de promoción de productos españoles en el extranjero y que para 1957 suena estratosférico, cuando no extraterrestre, lo mismo ocurre con la selección final de vinos. Lástima que muchos de los placenteros y sugestivos lugares que cita sean ya, o formen parte, capítulos de la historia cotidiana española. Cerrados, desconocidos, rehabilitados son pasajes de un ensueño pasado, de un viaje a lo desconocido. La guía está escrita con esmero —muy lejos de esa descuidada advertencia del prólogo—, con sentido, con un profundo conocimiento de cada lugar, de cada paisaje y de cada paisanaje. Neville se había educado en una España con un fuerte acento regeneracionista, la Guerra Civil truncó ese anhelo de modernidad, o mejor, de contemporaneidad, pero él, camuflado en o tras la cursilería del franquismo, supo mantener la esencia de la lucidez, el lujo intelectual, el desgarró poético y el inevitable sainete patrio. Se camufló

entre su inteligencia para sobrevivir en unos tiempos de silencio y esta guía es el ejemplo más lúcido, más placentero de ese saber vivir aun en años de sombras y desquiciamientos.

FERNANDO R. LAFUENTE

Prólogo

INSISTO MUCHO EN QUE ESTA GUÍA es arbitraria, ya que esa es su condición principal. Hay muchos libros de consejos al turista, con descripciones de este país, en los que meticulosamente se van especificando todas las ciudades y los pueblos importantes de España, describiendo sus monumentos con toda formalidad, dando las fechas de su construcción y relatando la historia que los envolvió.

Con las distancias sucede lo mismo; se dicen los kilómetros que hay de un lugar a otro con la mayor exactitud, y con los hoteles y restaurantes se mantiene un criterio objetivo, frío y desapasionado.

Yo aconsejo a los turistas que no dejen de llevar uno de esos libros, a pesar de haber comprado el mío, porque yo ni me ocupo de todos los pueblos de España ni voy a dar con exactitud las fechas de los monumentos, porque no me importan nada. Me pienso equivocar, aunque poco, en las distancias por carretera alguna vez que otra, y en cuanto a los hoteles y restaurantes de las ciudades hablo de aquellos en los que he vivido y en los que he comido. A veces cometeré injusticias gravísimas, como es pasar por alto en una población un restaurante excelentísimo, pero si lo hago es porque no habré comido en él, y yo en estas cosas no me

fío de los demás. También podré pasar por alto la especialidad de la región, pero será también por la misma causa.

Procuraré silenciar los hoteles donde se aloja uno mal o donde el servicio no es bueno, los restaurantes donde no cuidan al cliente o donde el maître está escribiendo sus memorias en vez de atender al que espera que le traigan el agua o el vino, porque no quiero que este libro ofenda a nadie. Ahora bien, mi lector puede tener la seguridad de que cuando yo le recomiende un hotel o un sitio donde comer, puede ir con los ojos cerrados, seguro de obtener satisfacción.

Preciso, pues, un lector tan arbitrario como yo, un turista con una filosofía parecida a la mía, pues éste se encontrará bien guiado con este libro, sobre todo si es un turista que dispone de dos o tres semanas para visitar nuestro país y si sólo quiere espumar la crema de cada lugar.



Edgar Neville posa en Londres en 1956 ante el Aston Martin que acababa de comprar.

Necesito también que tenga dinero; un turista sin dinero es un desgraciado y yo sólo recomiendo los mejores sitios, que casi siempre son los más caros. Cuando no se tiene dinero se queda uno en casa, ahorrando para viajar cuando se tenga; pero eso de pensar que el verano se hizo para hacer economías como los “congés payes” que vienen a recorrer España con un fogón portátil y su bocadillo, no me interesa. Mis clientes son los otros.

EDGAR NEVILLE